

LA GUERRA DE IRAQ Y LAS NACIONES UNIDAS

Francisco Álvarez-González

Doctor en Filosofía, Licenciado en Derecho, discípulo de Ortega y Gasset, Catedrático en varias Universidades hispanoamericanas, Tutor de Filosofía en el *Stvdivm Generale Costarricense* de la U.A.C.A. Autor de muchos libros y artículos.

Hay hechos en la historia que, aparte su relieve, adquieren importancia por aquellos otros que implican o con los que se hallan complicados. La reciente guerra de los Estados Unidos y de Inglaterra contra Iraq es uno de estos hechos. El conflicto, evidentemente, ya de por sí, es digno de atraer la atención y, de hecho, la ha atraído, pues el mundo entero ha estado pendiente de su inicio, ejecución, desarrollo y resolución. Pero, tanto o más que él, son merecedores de atención estos otros dos hechos: primero, la desmesurada y colosal reacción que el conflicto ha provocado en el mundo entero, en forma de multitudinarias manifestaciones en su contra en Asia, Europa y Latinoamérica principalmente. Nunca en el pasado, que yo recuerde, se habían producido protestas callejeras en tal abundancia y de tan gran magnitud y no es porque las guerras y conflictos de toda especie hayan escaseado. Pero nunca la reacción había sido tan extremosa.

El segundo hecho es que el conflicto ha venido a poner de relieve la debilidad o, aún mejor, inexistencia, del pomposamente llamado orden internacional y a colocar, pues, la actual estructura, organización y eficacia de las Naciones Unidas y, de paso, de esa otra organización internacional, la OEA, que, aunque no directamente implicada y afectada por el actual conflicto, comparte con aquéllas la misión y el honor de ser las responsables y sostenedoras del orden internacional, en situación precaria y difícilísima. Las quejas venían, es verdad, de lejos, pero sólo ahora, ante el hecho consumado de la guerra de Iraq, llevada a cabo sin permiso o autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la ineficacia de éstas para resolver conflictos se ha puesto de relieve y calado hondo en la conciencia de las gentes. No es necesario insistir en que esta crisis, en cuanto a la fe y creencia en el poder de las Naciones Unidas para resolver problemas y conflictos entre Estados, es muy grave. La otra gran crisis pareja, la de la Sociedad de Naciones, antecedió en escaso tiempo al inicio de la segunda gran guerra mundial y por eso esta nueva crisis, que peralta la pareja ineficacia de las Naciones Unidas, nos llena de aprensión. ¡Ojalá, esto es, Dios o Alá lo quiera, que a iguales o parecidos hechos no sigan en la historia iguales consecuencias!

Pasemos ahora a meditar sobre el porqué del primero de los dos hechos conexos con la guerra de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña contra Iraq, ya citados, a saber, el porqué de las multitudinarias manifestaciones de protesta en casi todo el orbe. Ante dos hechos bélicos, de los cuales fue también protagonista

principal los Estados Unidos, la guerra del Golfo y la invasión a Afganistán, no se produjeron apenas manifestaciones en contra de los Estados Unidos. Pero, claro es, se trataba de conflictos en los cuales la legitimidad moral, no ya legal o jurídica, de la guerra era muy evidente: la invasión, sin justificación alguna por parte de Iraq de Kuwait y la protección del terrorista Osama bin Laden, con residencia en Afganistán, por parte de los extremistas y fanáticos talibanes, detentadores del poder en el escabroso y extremadamente montañoso país. Y todo esto cuando aún estaba muy reciente el horroroso y cruel atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York y contra las instalaciones del Pentágono. Siempre hubo algunas manifestaciones de oposición en ambos casos, pero muy pocas.

Ahora, en cambio, y aún antes de que se produjera el conflicto, cuando todavía se estaba debatiendo en el Consejo de Seguridad el problema y cuando aún no se llegaba a votar la resolución propuesta por los Estados Unidos, Inglaterra y España, ya las manifestaciones eran muchas y abultadas además en muchas partes del mundo. El que cabría denominar aspecto humanitario, esto es, el prever o imaginar por adelantado los aspectos sombríos y lúgubres de toda guerra, a saber, el número posible de víctimas, aparte combatientes, de civiles, mujeres, niños y ancianos, no es, creo, motivo suficiente para las cuantiosas manifestaciones de protesta. Desde el fin de la segunda guerra mundial hacia acá han sido muchos los conflictos bélicos exteriores entre Estados o bien internos, con caracteres, pues, de guerras civiles, en muchas de los cuales han perecido cientos de miles de personas y, sin embargo, jamás, ante estos conflictos, la comunidad mundial se había manifestado tan afectada como ahora, con ocasión de la guerra contra Iraq. Las luchas, de carácter, más que político, tribal, en muchas de las naciones de África, Nigeria, Zaire, entre otras, han provocado millones de víctimas ante, prácticamente, la indiferencia de las gentes. Las luchas entre algunas de las repúblicas del Cáucaso, en Chechenia, los conflictos guerrilleros en algunos países: Perú, El Salvador, Guatemala, Colombia, etc., etc., contra los gobiernos establecidos han ocasionado en el pasado y aún continúan ocasionando cuantiosas pérdidas y, repito, apenas nadie en el resto del mundo se ha conmovido. ¿Por qué, en cambio, en este caso, sí y, además, en forma tan aparatosamente ostensible? Los sentimientos humanitarios parecen no contar, como adecuada explicación, puesto que los muertos son los muertos, tanto en esta guerra de Iraq como en las otras. La única explicación en este caso estriba en el *quién* protagonista principal de esta guerra, los Estados Unidos. No cabe experimentar en historia, con los seres humanos, de igual modo que experimentamos cuando tratamos de conocer en el ámbito de las ciencias naturales. Pero, de ser ello posible y de colocar como actor principal de lo que ha llevado a cabo Estados Unidos a otro país distinto, Rusia, pongamos por ejemplo, hubiera habido, claro está, reacción y manifestaciones, pero aquélla y éstas hubieran sido en un mucho menor volumen e importancia que aquellas otras de que hemos sido testigos en este caso, no de ficción, sino real. Y, entonces, consecuentemente, nos preguntamos: ¿por qué? ¿Por qué la intervención protagónica de los Estados Unidos en este conflicto ha provocado esta inusual reacción de rechazo y protesta?

La única motivación razonable es esta: por el carácter de poder hegemónico y de superpotencia de los Estados Unidos hoy en el mundo. En verdad, siempre ha sido así, desde los orígenes de la historia. El que manda de un modo destacado incita contra sí la animadversión del resto de países circundantes. Animadversión digo, queriendo significar con ello un conjunto de sentimientos variados y a veces hasta contradictorios, de

atracción y despegó. Es un hecho que el poder implica admiración y que los países que lo han tenido en grado máximo han suscitado atracción entre los que lo tenían menos. Y de la admiración a la imitación sólo hay un corto paso. La admiración que Grecia, en su momento, produjo a causa de su prestigio en el campo de la cultura hizo que los romanos, por ejemplo, a pesar de su poderío, la imitaran. El dominio de España, en la segunda mitad del siglo XVI, fue la razón para que el resto de las cortes de Europa imitase mucho el ceremonial de la de España, en cuanto a vestimentas, usos y costumbres. Tocó más tarde el turno a Francia cuando, con Richelieu y luego Luis XIV, convirtiéndose en la mayor potencia de Europa y el francés trocóse en lengua universal y común entre las gentes distinguidas de por doquier. Y más tarde, la hegemonía inglesa durante la época victoriana hizo que se volviese práctica corriente en todo el mundo eso del té en la tarde, el uso de ciertos deportes y de que se imitase en el vestir y en los modales al gentleman, al caballero o gentilhombre. Ahora se imita por todas partes a los americanos en el vestir – pantalones Lee, zapatones de lona, gorras de prominente viseras -, en el comer y beber – hamburguesas y Coca Cola – y en muchos de los juegos – golf y béisbol -.

Mas, mezclados con la imitación que trae consigo el admirar, están el resentimiento, la animadversión e incluso el odio. Estos últimos estados de ánimo, de oposición, de rechazo, negativos en suma, son tan abundantes, generalizados y visibles que ponerlos en evidencia mediante algunos ejemplos sería superfluo. Estados Unidos no podía ser excepción a lo que ha sido un comportamiento generalizado de hombres y países frente a las superpotencias de cada momento y ocasión. Pero es el caso que, ahora, junto a la animadversión contra el todopoderoso se unen dos motivos más para ese rechazo que, bajo el pretexto de la guerra contra Iraq, se ha puesto de manifiesto, tan ostensiblemente, en casi todo el mundo.

Uno, y el principal, es que, aparte superpotencia militar, Estados Unidos lo es también económica y, en concreto, de la llamada economía capitalista. La Unión Soviética fue, en su momento, también una superpotencia militar, pero, desde el punto de vista económico, era el prototipo de economía socialista, en la que el Estado desempeña el papel relevante, en oposición a la otra, a la capitalista, en la que el agente principal, promotor de la producción y distribución de las riquezas, es el individuo. Y da la casualidad de que Rusia y su economía dirigida por el Estado ha venido constituyendo el ideal y, por lo tanto, el modelo a imitar de la mayoría de los intelectuales y gentes en general desde la conclusión de la segunda guerra mundial. Desde la Revolución francesa hacia acá, de aquellas dos grandes consignas de la libertad y la igualdad, esta última ha primado en relación con la primera. E, incluso, ha predominado tanto, que los hombres no han tenido inconveniente, por regla general, en sacrificar la libertad si con ello, creían, garantizaban la obtención de la igualdad y, por ende, de lo que se estimaba era la justicia. De ahí, ese espíritu revolucionario que ha ido predominando e introduciéndose en los espíritus de las más de las gentes en occidente. Se cayó así en el comunismo extremoso de la Unión Soviética, ya en 1917 y, más tarde, después de la segunda guerra mundial, en el de tantos y tantos países de Europa, Asia y África, principalmente. Verdad es que la libertad no estaba en todas partes aherrojada y que se ansiaba hacerla compatible con la igualdad. Quienes emprendieron este ensayo fueron los más de los países de Europa, de Latinoamérica y de algunos países de Asia y de África. Durante décadas han tenido la primacía y el poder en ellos los partidos políticos socialistas, socialdemócratas,

radicales o con otros diversos nombres, pero todos ellos con el denominador común de una economía, si no total, sí, parcialmente, dirigida y controlada por el Estado, con el fin de garantizar lo más posible la anhelada igualdad. Si la práctica de esta política era, en el pensar consciente de las gentes, equivalente al bien y a la justicia, es obvio que la política liberal o, como ahora se dice, neoliberal de los Estados Unidos en el orden económico, habría de verse y considerarse como prototipo y ejemplo del mal y de la injusticia. Así, se ha hablado, hasta la saciedad, del capitalismo salvaje, equiparable, en ejemplo tópico y trillado, a la ley de la selva, en donde el poderoso sojuzga y abusa del débil, destruyéndolo o reduciéndolo a esclavitud.

Así, desde el fin de la segunda gran guerra, Europa ha estado dividida entre países resueltamente comunistas y otros que no lo eran, pero que copiaban mucho de la manera de producir y distribuir las riquezas los países del este. El estudio y difusión del marxismo ha sido tónica corriente en la mayoría de las universidades y colegios. Muchos de los más importantes intelectuales y escritores han sido marxistas o marxistoides. Y, claro es, a través del libro, de la enseñanza y de los periódicos y revistas, han influido en las mentes de la población, marxistizándolas y haciendo que admirasen a la Unión Soviética y condescendieran con ella y, en cambio, sintieran animadversión o, al menos, recelaran de los Estados Unidos, símbolo de economía capitalista. Capitalismo fue un adjetivo malsonante y hoy neoliberalismo es, en ciertos ambientes universitarios de Latinoamérica, casi un insulto.

Con esta generalizada manera de pensar, el echar la culpa a Norteamérica de los innumerables males de los países del llamado tercer mundo, ha sido práctica constante de muchos intelectuales y creencia vigente en la conciencia de las grandes mayorías. En la América latina se ha hablado, una y mil veces, de la *dependencia*, con la que políticos, sociólogos, historiadores e intelectuales en general han querido explicar el estado de pobreza, de atraso y de miseria incluso de los más de estos países. Se ha hablado hasta el cansancio de las «venas abiertas de la América latina», queriendo con la metáfora hacer hincapié en cómo ha ido perdiendo vitalidad esta parte del continente por la sangre vertida, cuyo responsable mayor en todo caso son los Estados Unidos. Machaconamente, se ha venido insistiendo en esto, una y otra vez, en todas las universidades de esta región del mundo. Las manifestaciones y protestas frente a las embajadas de los Estados Unidos, unas veces por un motivo y otras veces por otro, han estado a la orden del día. Hasta hacerse chiste de esto y hablar de aquel comunista que un buen día descubre que su mujer le engaña y, claro es, lo primero que como reacción se le ocurre hacer es ir a apedrear la embajada de los Estados Unidos. Y es decir también chistoso de los mexicanos aquello de que su situación de subdesarrollo se debe a «estar tan alejados de Dios y tan cerca de los Estados Unidos». No hay manera de decirles, porque lo tomarían a mal, que no más lejos de 1800 ellos y el conjunto de países hispanos *eran más* y que, en cambio, un siglo después, en 1900, ya *eran menos*. Los Estados Unidos habían engullido una buena parte de territorios que eran de España y que pasaron a ser suyos después de la independencia y, junto a ello, el desarrollo industrial, comercial y cultural del país del norte fue formidable y sostenido, por la sola virtud del trabajo, del tesón, del esfuerzo, de la voluntad de crecer y, por encima de todo, de una básica honradez, mientras que ellos holgazaneaban, dedicábanse a beber y a cantar y no eran parcos en eso de apoderarse de lo ajeno, público o privado, lo primero si se trataba de políticos.

Mutatis mutandis, esto mismo vale para el resto del mundo Latinoamericano. Pero no hay como airearlo. Es más fácil y confortable – para no sufrir escozor en la propia conciencia – atribuir la culpa de tantos desastres, de la pobreza y del subdesarrollo, a agentes extraños.

En Europa no ha jugado la pobreza tan relevante papel en la oposición, por tratarse también, sobre todo los de occidente, de países ricos, de alto nivel de vida. Pero, en cambio, sí desempeñó su papel el marxismo, su complacencia con el intervencionismo estatal, su, en fin, proclividad por la seguridad y no por el riesgo, como es lo común y normal en las economías de tipo liberal. Y junto al marxismo, el comprensible resquemor o resentimiento de saberse ahora en situación de inferioridad, siendo así que algunos de ellos, Francia especialmente, desempeñaron en pasados tiempos un papel hegemónico, comparable al que hoy en día poseen los Estados Unidos. Ya dijo el poeta que no hay mayor pesar que acordarse del placer en los tiempos de dolor.

En cuanto a los países de oriente, en ellos, a la animadversión hacia el rico que provoca la pobreza, se añade el rencor o incluso el odio inherentes a la religión y, sobre todo, a un celo o fanatismo extremados, que parecen haberse apoderado de tantos países islámicos en los últimos tiempos. No acaban de asimilar y digerir el hecho de que Israel pueda estar ocupando un exiguo territorio en medio de tan vastas extensiones de terreno como poseen algunos de estos países islámicos y el que Israel sea un país occidentalizado en su política y en sus costumbres y, de adhehala, amigo y protegido por los Estados Unidos. Aún están vivas en la mente de uno las imágenes de las gentes en las calles de las ciudades palestinas aplaudiendo, riendo y vitoreando por el derrumbamiento de las Torres Gemelas de Nueva York. El frenesí de aquellos gritos daba justa medida del odio que existía en los corazones de aquellos hombres, mujeres y niños.

Pero aún hay otra razón para el enfrentamiento con los Estados Unidos. Como acabamos de ver, Europa y Latinoamérica principalmente han tenido, por regla general, gobiernos socializantes o socialdemócratas, esto es, echando mano de una palabra al uso, izquierdistas. En cuanto tales se oponían, como hemos visto, al liberalismo de los Estados Unidos y a su economía de mercado. Ahora bien: a pesar de ese liberalismo y de esa economía de mercado, el partido demócrata estadounidense mantiene una notable *vocación* por lo social, de ayuda a las clases más menesterosas, que sintoniza con la pareja preocupación de los europeos y latinoamericanos por la salud, la educación y las viviendas como tareas prioritarias para el Estado. Por eso, se *entienden* mejor éstos con los gobiernos demócratas que no con los republicanos, tildados de *derecha*. También, en este caso hoy de la guerra contra Iraq, las manifestaciones de gentes predominantemente de izquierdas se avivaron por el hecho de ser el actual gobernante de Estados Unidos de *derecha*.

La hostilidad, pues, de las gentes se explica por esa triple razón del superpoderío de los Estados Unidos, de su tendencia a la liberal economía de mercado y por el carácter actual de su gobierno, de derechas, frente a un mundo mucho menos rico, más socializante y, por ende, predominantemente de izquierda. La

posición, no ya del pueblo, sino de los gobiernos tampoco es extraña, pues, al fin y al cabo, en cuanto en su mayoría demócratas, son hechura de sus gentes. Si éstas son, principalmente, de izquierdas, los gobiernos también lo serán. Por eso, lo que ha llamado la atención, ahora que la guerra está ya en principio concluida, es el papel relevante, de primerísimo orden, protagónico, que Francia ha jugado antes del conflicto, durante él y nada más llegado a su fin con la conquista por norteamericanos e ingleses de la ciudad de Bagdad. En un principio, si de alguna nación debía esperarse menos esta oposición era de Francia. Desde Lafayette, quien, aunque no sea nada más que con su presencia, ayudó a la independencia de los nuevos Estados de Nueva Inglaterra, las relaciones entre Francia y los Estados Unidos habían sido buenas. Luego de aquel primer acto simbólico, la nueva nación americana vio con simpatía la otra gran revolución, la francesa de 1789 y ayudó en ella cuanto pudo. Esta ayuda se hizo después, por dos veces, en grado sumo significativa, durante el siglo XX, con ocasión de las dos guerras mundiales, en las que la intervención de los Estados Unidos a favor de los aliados contribuyó hacer posible en ambas ocasiones el fin victorioso. Cabe calificar esa acción de desagradecimiento. Verdad es que los favores recibidos por alguien, individuo o nación, no implican el sometimiento ante el ente favorecedor. El agradecimiento no obliga a tener que adoptar una actitud *delictiva* en contra del derecho y de la legalidad o *pecaminosa*, en contra de la moralidad. Pero, como veremos más adelante, no era este el dilema para Francia en el caso del conflicto con Iraq. Era perfectamente lícito que disintiera de la propuesta suscrita por los estados Unidos, Inglaterra y España y que, por lo tanto, dijera *no* en el Consejo de Seguridad. Pero una cosa es decir *no* y otra muy distinta poner énfasis en ese *no*, amenazando una vez y otra con interponer su derecho al veto, aun en el caso de que la resolución hubiera sido aprobada teniendo absoluta mayoría. Esto era como decir: aunque todos digan *sí*, yo digo *no* y punto, las cosas no se hacen. Esto era enfrentarse y dar la batalla, es decir, una especie de guerra en relación con los autores de la propuesta. Francia quiso jugar, aprovechando ese ambiente de animadversión contra los Estados Unidos que vio bien que existía en el mundo, por las razones más arriba apuntadas, el papel de líder de un movimiento antiestadounidense y restaurar así viejas glorias pasadas. En verdad, no era nueva esta actitud, de antagonismo con los Estados Unidos, aun al día siguiente de la ayuda y de la victoria. Al final de la primera gran guerra, el presidente de los Estados Unidos, Wilson, vino a París con una propuesta de catorce puntos, realista y hasta cierto punto generosa con los vencidos, para firmar la paz. Es sabido, sin embargo, que Clemenceau se opuso entonces enérgicamente a la propuesta y, de los catorce puntos, lo único que quedó fue la constitución de la Sociedad de Naciones. El tratado de paz, sin embargo, hecho a la medida de las propuestas de Clemenceau y no de Wilson, fue tan extremadamente irreal y falto de generosidad que desde aquel momento se estaban poniendo las bases para que, poco más de veinte años después, se iniciara la otra gran guerra. Al final de ésta le tocó el turno a De Gaulle, quien también adoptó una postura un tanto antianglosajona, puesta de manifiesto, entre otras cosas, en su ida a Canadá para airear el movimiento separatista de los francófonos frente a la población de habla inglesa. En esta ocasión, Chirac, como buen degaullista, ha jugado también el papel de opositor encarnizado de una propuesta de Estados Unidos y de Inglaterra. Con Francia, estaban principalmente Alemania y Rusia, sus enemigos, en cambio, hasta ayer.

Que la férrea oposición hubiera partido de alguna de estas dos nada hubiera tenido de extraño. Al fin y al cabo, Rusia era la heredera de la Unión Soviética y ésta, mientras estuvo en vida, enfrentó ásperamente a los Estados Unidos durante todo el período de la guerra fría. Y, en cuanto a Alemania, fue la víctima principal en las dos grandes guerras, en las que la intervención de los Estados Unidos fue tan decisiva para concluir las victoriosas y rápidamente. Aparte esto, el canciller alemán hacía poco que había sido reelegido, en gran parte, enarbolando, justo, la bandera del pacifismo. Pero, repito, no; no fueran estos países los de la oposición férrea, drástica, dura y hasta insolente, sino Francia. El que el último adjetivo no esté fuera de lugar lo demuestra el hecho de que incluso llegara a retar, como un antiguo discípulo, a los países de la Europa del este en vías de ser aceptados para el ingreso en la Unión Europea. Los retó e, incluso, les amenazó con que su actitud favorable a la propuesta de los Estados Unidos en el Consejo de Seguridad podría obstaculizar su ingreso. No cabe mayor insolencia.

Pese a todo, al final, la guerra se hizo y Francia fue derrotada en su pretensión de evitarla. El inicio de la guerra fue ya una derrota y su rápida conclusión, con la captura de Bagdad con, prácticamente, escasísima resistencia, fue una segunda derrota para Francia y para una gran parte de la opinión mundial. Toda la inmensa caterva de los izquierdistas y ultraizquierdistas, nostálgicos ahora de un pasado ya ido, se sintieron defraudados por la rápida victoria. Como dice un periodista famoso, Carlos Alberto Montaner: «En general, la prensa mundial quería ver una derrota militar anglo norteamericana o, al menos, una feroz resistencia nacionalista, una especie de Stalingrado que demostrara el rechazo del pueblo iraquí a la arrogante bota imperialista de Washington y Londres, auxiliada por unos cuantos polacos y australianos vendidos a los centros de poder capitalista». Mas no fue así y también esto fue una desilusión para esa prensa mundial forjadora de la opinión pública y para Francia en especial, abanderada de la gran corriente opositora a la guerra. Cuentan los diarios que cuando, en una entrevista con periodistas, alguno de éstos le preguntó al Ministro de Relaciones Exteriores francés por quién deseaba que ganara la guerra, calló y se fue de la reunión sin contestar. Al airearse el hecho por la prensa, el ministro reaccionó y salió con que había sido el hecho maliciosamente interpretado y que Francia deseaba la victoria de la coalición. ¡No faltaba más! ¡Bueno fuera que hubiese dicho lo contrario! Pero ahí quedaba el hecho de haberse el ministro escabullido rápidamente de la reunión sin contestar con un sí o un no a la pregunta.

Derrotado Iraq, el corresponsal de la agencia EFE en París comunica que «en medio de una creciente preocupación de políticos franceses por el aislamiento de Francia en la postguerra, el presidente Chirac viaja, hoy, viernes, a San Petersburgo para ver con los dirigentes de Rusia y Alemania cómo tratar de reintroducir a la ONU en la postguerra iraquí». «Chirac también afirmó que le corresponde a la ONU y 'sólo a ella' asumir la reconstrucción política, humanitaria y administrativa de Iraq». Algo así como diciendo a los norteamericanos e ingleses vencedores: vuestra misión ya está hecha; nada tenéis ahora que seguir haciendo ahí. A la ONU – es decir, a nosotros que tenemos allí mayoría para cualquier proposición – le corresponde la tarea de reconstruir Iraq. O, en otras palabras: así seguiremos haciendo buenos negocios con el nuevo régimen por venir, como ya

lo hicimos con el viejo de Saddam Hussein. Nada extraña que con esta política Francia esté cada vez más aislada.

Tratado así el primer punto que nos ha llamado la atención con motivo de la guerra contra Iraq, a saber, el de las multitudinarias manifestaciones de protesta y el de la actitud de Francia sobre todo antes y durante la guerra, pasemos ahora al segundo, a las reflexiones que un hecho así, de tanta importancia, nos ha sugerido en relación con la actuación de las Naciones Unidas. Estas y la OEA constituyen hoy lo que podríamos calificar como las organizaciones representativas del llamado orden mundial. Ambas son como los órganos que dictan la forma como las naciones pertenecientes a ellas deben conducirse en las relaciones de unas con otras y, consecuentemente, las que deben fallar sobre las sanciones o castigos por aplicar en caso de que alguna de ellas incumpla lo pactado, es decir, sobre todo, la famosa Carta sobre la declaración de derechos humanos. Como los Diez Mandamientos para la singularidad y modo de ser del pueblo judío acaudillado por Moisés, la Carta de San Francisco constituye los diez mandamientos de las naciones que ingresan a las Naciones Unidas al término de la segunda guerra mundial.

Los escritores contractualistas del siglo XVII, Hobbes, Locke, Spinoza, etc., como se sabe, hablaban de un doble *estado*, el natural y el civil. Mediante un pacto o contrato – sólo ficción para explicar o dar razón de un hecho real – los hombres pasan del uno al otro, del natural al civil, para evitar la guerra de todos contra todos y el sometimiento del débil al fuerte, lo natural y usual en el primer estado. Con la vida civil, ciudadana, dentro ahora, pues, de un Estado, el individuo gana y pierde. Gana en seguridad a costa de la pérdida de la amplia y total libertad primitiva, en estado de naturaleza. Igual que acontece con los individuos sucede también con las naciones. La asociación implica siempre unos ciertos principios aceptados y unas ciertas obligaciones o modos de conducta a seguir por parte de los asociados. Si no existe esto, no habría asociación, sino una unión accidental, como la de las personas que a diario se encuentran en las calles o plazas de una ciudad o en un campo de fútbol. Pero la aceptación de unos principios, la comunidad de unas mismas creencias, así como la práctica de una forma de actuar de conformidad con aquéllas, implica la renuncia al «hago lo que me da la gana», a la plena libertad o soberanía de que se gozaba antes de la asociación. Es decir, el paralelismo es total, trátase de asociación de individuos o de naciones. Las naciones tienen, pues, que tener algo así como disminuida su soberanía por el simple hecho de asociarse con otras en esa asociación que son las Naciones Unidas. Esto es tan simple y tan «de cajón» que da grima tener que decirlo.

Pero hay que hacerlo porque se da el caso que esa pérdida de soberanía absoluta está en flagrante contradicción con otros dos principios muy aireados del llamado orden mundial, a saber, el de la soberanía precisamente total, absoluta y el de la no injerencia de un país en los asuntos internos de otro, que viene a ser una consecuencia del primero. Si como individuo me hago miembro de una iglesia evangélica, luego no puedo ir por ahí predicando, de acuerdo con el principio de libertad absoluta de pensar, mi ateísmo sosteniendo que Jesucristo no existió o que no es hijo de Dios. Y si, por acaso, lo hago, la sociedad evangélica como un todo o por intermedio de sus autoridades tiene la potestad de expulsarme o de castigarme en alguna medida.

Lo que no podría entonces alegar es que, procediendo en esta forma, están las autoridades de aquella iglesia entrometiéndose en los asuntos internos míos, entre los cuales asuntos míos está aquel de pensar soberanamente como me venga en gana. ¿Por qué, una vez más, en tratándose de naciones la cosa habría de ser distinta de cómo acaece entre los individuos? En el caso de las Naciones Unidas aquellos principios y aquellas formas de conducirse características y definatorias, por así decir, de la asociación son los que llamaba diez mandamientos de la Carta de la declaración universal de los derechos humanos. Nación que se adhiere a las Naciones Unidas está obligada a cumplir con esos principios y con ciertas conductas, es decir, ya no es plenamente soberana. En consecuencia, en caso de un incumplimiento tendría que ser castigada por la colectividad. Pero he aquí que esto, justamente, no acontece, lo cual hace que la asociación internacional carezca de eficacia y que sus resoluciones o declaraciones caigan en el vacío, no sirvan absolutamente para nada. ¿Habría que abonar la afirmación con pruebas? Cuando esto escribo acaba de reunirse en Ginebra, sede de uno de los organismos internos de las Naciones Unidas, la Comisión de Derechos Humanos, para tratar, entre otros, del caso de Cuba, que hace unos pocos días ha condenado a penas muy severas, de diez y veinte años de prisión, a cerca de un centenar de personas por haber demandado el respeto a esos derechos humanos fundamentales y ha fusilado a tres por haber secuestrado una barca con pasajeros con intención de llevarla a Miami. La violación a esos fundamentales derechos no es de ahora, esto es, no es un episodio circunstancial, sino que viene llevándose a cabo por parte de Castro y de su sistema de gobierno, totalmente totalitario, desde hace ya más de treinta años y, sin embargo, nada; las Naciones Unidas no han sido capaces de imponer la menor sanción o castigo al infractor de los principios y de las formas de conducta que se comprometió a aceptar y cumplir al solicitar formar parte de aquéllas. Periódicamente, la Comisión, cuando se reúne para evaluar la situación de los derechos humanos en el mundo, emite un comunicado advirtiendo que éstos no se respetan en Cuba y que el gobierno debe enmendar esa situación. Pero de ahí no pasa y Cuba, claro es, se muere de risa. Y aparte de Cuba, ahí, en las Naciones Unidas, han estado por años, Iraq, Afganistán, Libia y... no sigo, porque la lista es larga. En la Asamblea general de la ONU, en su Consejo de Seguridad, en los organismos dependientes de aquélla y en la OEA se habla, se habla, pero apenas se actúa para imponer alguna sanción eficaz al transgresor de los principios y de las formas de conducta pertinentes. Y cuando algún país, unilateralmente, lo hace, - los Estados Unidos por ejemplo, imponiendo sanciones a Cuba o a Iraq – los demás, más bien, critican y si las sanciones son quizás económicas, se aprovechan para, más bien, acaparar ellos el comercio con el país sancionado por los Estados Unidos: con todo lo cual, una vez más, los que incumplen el pacto, los violadores de toda clase de derechos, ríen y ríen. Llenar el espacio vacío que Estados Unidos deja con sus sanciones ha sido lo que llevó a Francia y a Alemania a estrechar relaciones económicas muy estrechas con Saddam Hussein y a Canadá y a tantos otros países a negociar con Cuba.

En las Naciones Unidas, conglomerado ya de cerca de doscientas naciones de variado tamaño, calidad y condición, se da el mismo caso que entre los individuos en lo que atañe a las opiniones y relaciones con los Estados Unidos: que la mayoría - compuesta de países pobres y aun de ricos, pero que no lo son tanto – siente animadversión hacia Norteamérica y, por consiguiente, tienden a votar en contra de cualquier propuesta suya.

Las sanciones en caso de incumplimiento de principios y formas de conducta por parte de ciertas naciones serían bien sencillas: por ejemplo, expulsión temporal de la organización y readmisión si, en el período de expulsión, el país rectifica y prueba que acata ahora los principios y respeta los derechos humanos. Caso de resistencia, pertinacia y obstinación en la conducta, cabría entonces, aparte expulsión, ruptura de relaciones económicas y diplomáticas de la totalidad de los miembros de la asociación. Estimo que, con esto, bastaría para que aun los países más recalcitrantes o tercos desistieran de su forma de proceder y regresaran, humildes y arrepentidos, al redil de las Naciones Unidas. Y, en el caso más extremo de que, aun ni así, el país rectificara, cabría el último recurso de la guerra, pero ahora no de un país en particular, sino de las Naciones Unidas como un todo. El caso es que no se infringiera el orden internacional impunemente, como ahora. Si no hay sanciones efectivas y sólo vagas declaraciones inofensivas en asambleas y comités de burócratas que se reúnen periódicamente, no hay, de hecho, organización, ni ésta sirve para nada. Resulta entonces ingenuo y ridículo hablar de un *orden internacional*.

Estando las cosas como están, lo corriente es que o bien no se hace nada en casos de infracción o bien las sanciones vienen de un país, generalmente el más fuerte, en este caso los Estados Unidos, con la consiguiente acción opositora del resto de naciones, que le acusan entonces de ruptura del orden internacional y de actuación ilegítima. Quiero advertir, sin embargo, que la legitimidad o no de una acción, en tanto que afecta al orden moral, no es cosa de números, ni, por ende, de mayoría de votos. ¿Hubiera estado legitimada la acción bélica de los Estados Unidos y de Inglaterra contra Iraq en el caso de haber votado en el Consejo de Seguridad Chile y México a favor de la propuesta de aquellos países y haber obtenido así los nueve votos necesarios para conseguir la mayoría? Evidentemente, no. No es el caso de la legitimidad de un nombramiento, que se determina por la mayoría de los votos. Una, en cambio, declaración de guerra puede ser legítima con un voto o sin ninguno e ilegítima aunque hayan votado por ella todas las mayorías que se quieran. Mi opinión es que la acción conjunta de los Estados Unidos y de Inglaterra fue inoportuna, en el momento menos adecuado de los muchos que hubo desde la guerra del Golfo hasta aquí. Pero, en todo caso, lo inoportuno e incluso lo ilegítimo de la acción nada tiene que ver con el número de votos conseguidos por la propuesta en el Consejo de Seguridad. Si hubiera que echar culpas a alguien por la guerra de Iraq sería a las propias Naciones Unidas que, en más de diez años, no hizo absolutamente nada eficaz contra un dictador y un régimen que se cuenta entre los más crueles y sanguinarios que recuerda la historia. La Sociedad de Naciones, aquel bienintencionado instrumento de paz propuesto por el presidente Wilson con ocasión del tratado de Versalles, murió por falta de cumplimiento en sus funciones. Se deshizo porque, en la práctica, se demostró que no servía para nada. Me temo que, de seguir así y de no servir esta guerra contra Iraq como un buen pretexto u ocasión para una rectificación total de su modo de proceder, sobre todo en cuanto ver tiene con las sanciones, las Naciones Unidas podrían correr el triste fin que aquella débil Sociedad de Naciones.